

# **Esa mujer**

## *Consideraciones acerca de la función de la Otra mujer en la histeria y la feminidad.*

That woman  
*Considerations about the function of the other woman in hysteria and femininity.*

**Lucía Mauro**

Correspondencia:  
luciamauro85@hotmail.com

Filiaciones Institucionales:  
Universidad Nacional de Rosario. Argentina

**RESUMEN:** El presente escrito se propone indagar la función de la Otra mujer en la histeria y la feminidad. Para ello, en un primer momento, se busca especificar el tipo de ligazón que una mujer establece con su Otra (amor o celos, identificación ó elección de objeto) considerando la casuística freudiana para, en un segundo momento, determinar qué lugar tiene esta Otra en la economía erótica de una mujer en su encuentro con el deseo de un hombre. Siguiendo esta misma línea de investigación, se da tratamiento a las diferentes versiones de la Otra mujer en su articulación con la trayectoria edípica singular de la niña. Por último, el escrito enlaza la construcción mediadora de la Otra mujer con la falta de un significante propio de lo femenino y resalta entonces la necesaria relación con esa Otra en el giro de una mujer hacia la feminidad.

### **Cómo citar:**

Mauro, L. (2024) Esa mujer. Consideraciones acerca de la función de la Otra mujer en la histeria y la feminidad. En *Revista psicoanálisis en la universidad* N°8. Rosario, Argentina, UNR Editora. Páginas 81-99.

ISSN: 2683-9938 (en línea)



**Licencia:** Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

**Responsabilidad editorial:**  
Universidad Nacional de Rosario.  
Argentina. Facultad de Psicología.

### **Recibido:**

24 - 04 - 2023

### **Aceptado:**

24 - 10 - 2023

### **Publicado:**

25 - 05 - 2024

**PALABRAS CLAVE:** Otra mujer - feminidad - histeria - identificación - elección de objeto- amor

**ABSTRACT:** The present writing intends to investigate the function of the other woman in hysteria and femininity. For this, at first, it tries to specify the kind of relationship that a woman establishes with her other (love or jealousy, object identification or choice) considering the freudian casuistry to, in a second time, determine what place this other has in the erotic economy of a woman in her encounter with the desire of a man. Following this same line of research, treatment is given to the different versions of the other woman in their articulation with the unique oedipal trajectory of the girl. Finally, the writing relates the mediating construction of the other woman with the lack of a signifier proper to the feminine and the highlights the necessary relationship with that other in the turn towards femininity.

**KEY WORDS:** Other woman - Femininity - Hysteria - Identification - Object choice - Love

## MÁS ALLÁ DE LA MÁSCARA DE LOS CELOS, EL AMOR A LA OTRA

*“...Cuando Marie veía cómo las chicas la miraban con aquellos dolorosos celos, disfrutaba de su suplicio hasta el extremo de sentir como se le secaba la boca...”*

*“...asistía a las clases de la señora Aubusson con mucho más que interés; lo que experimentaba al escuchar sus exposiciones tan brillantes se aproximaba a la pasión...”*

AMELIE NOTHOMB  
en *Golpéate el corazón*.

Dora y su señora K., la bella carnicera y su amiga flaca, la joven homosexual y su *cocotte*, Elisabeth von R. y su hermana enferma.

Partamos del siguiente interrogante ¿qué clase de ligazón es esa que se teje con la Otra mujer? ¿de qué “naturaleza” es la relación a Esa mujer?

Volvamos, una vez más, al caso Dora. Allí, Freud, para hablar del lazo de Dora con la señora K., comenzará por ubicar una “moción de celos”<sup>1</sup> que, rápidamente, va cediendo su lugar al amor. La moción de celos se repliega, se retrae frente a una moción ahora de amor que es afirmada por Freud, una y otra vez. Así, nos dice que “el hipervalente itinerario de pensamientos de Dora...no estaba destinado sólo a sofocar el amor por el señor K... sino que también debía ocultar el amor por la señora K.” (Freud, S., [1901] 1978, p. 56). Y, de la misma manera, “Por último, pertenece al cuarto círculo de pensamientos, escondidos en lo más profundo

(el del amor hacia la señora K.)” (Freud, S., [1901] 1978, p. 97).

La moción de celos no resulta suficiente para poder ajustar esa investidura de objeto a la que el amor parece nombrar con mayor fidelidad, aunque no sin equivocidad. Lo no ajustable de dicha investidura retorna desplazado al amor mismo pues ¿de qué amor se trata allí? ¿qué clase de amor sería ese? Freud dice “amor a secas” pero también “amor homosexual” ó “moción de amor (ginecófila)” en una tentativa de recoger eso que el mismo amor, aún con mayor precisión que el afecto ó pasión celosa, sólo termina por balbucear.

Lacan recogerá el guante y si, de la misma manera que Freud, recurre a los celos para echar luz sobre esta relación, será más bien para denunciar su función de máscara, su carácter de engaño respecto del auténtico afecto y objeto en juego.

En relación con los celos súbitamente manifestados por Dora ante la relación amorosa de su padre, Lacan advierte “no es aquí el objeto pretendido de los celos el que da su verdadero motivo, sino que enmascara un interés hacia la persona del sujeto-rival, interés cuya naturaleza mucho menos asimilable al discurso común no puede expresarse en él sino bajo esa forma invertida” (Lacan, 1971, p. 209).

Entonces, los celos, ¿aparecen como forma invertida del interés por el objeto? ¿truecan el objeto y desplazan el afecto? ¿se trata de una mudanza del afecto que arrastra consigo al objeto? ¿un trastorno del afecto que alcanza hasta el objeto? ¿cambio de vía en lo tocante al objeto y al afecto?

La rivalidad con el sujeto es, antes que nada, interés hacia el mismo mientras que el objeto pretendido de los celos no resulta

ser más que un señuelo, un postizo a fin de meter de contrabando en el discurso común lo no asimilable de un interés que es, al decir de Freud, inclinación hacia el mismo sexo (Freud, S., [1901] 1978, p. 54).

Freud no vacila respecto del carácter amoroso de esa ligazón entre Dora y la señora K.; no se queda sólo en el plano de los celos y de la rivalidad. Sospecha que se trata más de una enamorada que de una rival vencida (Freud, S., [1901] 1978, p. 55); es entonces menos un asunto de competencia que de enamoramiento pues, si bien los celos y la rivalidad están implicados, no por ello agotan la densidad afectiva en juego. Éstos parecen tener más bien la función de velar, de esconder la verdadera naturaleza del lazo con la Otra que se nos revela así como fundamentalmente una Otra amada.

El asunto con la Otra es, entonces, un asunto de amor más allá de la harta conocida contienda de celos y de rivalidad con la que se pretenda reducir las cosas.

Los celos se sitúan, en todo caso, a nivel del efecto, de la consecuencia indeseada, del afecto displacentero venido por añadidura, del coetazo doloroso de un proceso de identificación más complejo al que la lectura simplista (que sigue sólo el rastro de los celos) rehúye.

Tomemos a la bella carnicera y su Otra flaca.

La pista de los celos desemboca en la interpretación del sentido de ese sueño como el deseo de evitar engordar el cuerpo de su amiga delgada para el paladar gustoso de redondeces de su marido. Lectura que se desembaraza del enigma con que el deseo agujijonea a la bella carnicera así interpelada por la tentación de ese hombre que, aunque amante de las formas llenas, sin embargo, parece seducido por esa mu-

jer descarnada, es decir, por una mujer que no podría satisfacerlo.

¿Cómo esa Otra puede ser deseada ahí donde flaquea para satisfacer el deseo? ¿acaso será que sus propias formas (las de la bella carnicera), por más redondas que sean, no llenan el apetito de su marido igual de insatisfecho que ella y su amiga?

La cuerda de los celos (aunque hilvane el asunto) no ajusta la cuestión del enigma del propio deseo, de ese deseo que ella sostiene como insatisfecho con la privación del caviar, al igual que su amiga con el salmón, sino que conduce más bien a la idea de un rehusamiento de la satisfacción del deseo de engordar de la amiga cuando, en realidad, se trata de no contrariar el deseo insatisfecho de esa mujer que se le sustituye al propio, de reconocer ese deseo como deseo de deseo, como deseo para no ser colmada, tal como advierte Lacan en “La dirección de la cura y los principios de su poder” (Lacan, J., 1975, p. 596).

Esta Otra, antes que ser la rival o competidora, objeto de celos y de hostilidad (con lo cual se desconoce su auténtica función) es la posibilidad de una pregunta por el propio deseo, el lugar de una interrogación acerca de su deseo y del deseo de ese hombre que, por más colmado que parezca estar, desea más allá.

Los celos son un afecto engañoso respecto del deseo, proponen al marido como deseante de esa amiga y a la carnicera privando al marido por y con el mismo gesto con que priva a aquélla de embellecer su magra figura. Pero así, con esa excesiva claridad y univocidad, el afecto celoso encubre el misterio de ese deseo masculino que, orientado a las formas redondas, sin embargo, habría quedado atraído por una mujer cuya delgadez no podría sino dejarlo hambriento mientras su bella carnicera

ra resulta igualmente atraída por aquella amiga en quien interroga tanto su propia economía insatisfecha de deseo como la de su marido. Amiga a la que, lejos de privar, reconoce y sostiene en su deseo insatisfecho mientras que su marido termina menos insatisfecho por el hecho de que no engorde a esa amiga que por el hecho de que ella, la carnicera, no acepte el caviar con que éste, molesto, pretendía teparle la boca (de la misma manera que al pintor al que asegura qué es lo que éste necesita).

La pista de los celos despista respecto del deseo puesto que nos conduce a la idea de que la bella carnicera busca, al dejar hambrienta a la amiga, hambrear también al marido con el riesgo de hacer de las redondeces el pretendido objeto del deseo de éste, reduciendo su deseo sin embargo incolmable (por más llenito que éste parezca) a este objeto postizo que puede ser la rebanada de un trasero femenino, objeto con que la necesidad logra desconocer el deseo.

Es por la vía de esta Otra mujer delgada, de la flacura de esta Otra, que la bella carnicera mete de contrabando el deseo en su relación con este hombre hasta allí incuestionable en su ser colmado.

Si esta Otra mujer lo tienta con ó a pesar de su flacura, entonces, sus propias redondeces no lo llenan, *exit* de la boca del carnicero, ella misma deja de ser el caviar ó el salmón con que pretendía frenar la voracidad de este marido “que es capaz de comérselo con todo el resto” (Lacan, J., [1962-1963] 2006, p. 61) al tiempo que resguarda el deseo del todo irreductible a su cuerpo redondeado de mujer.

Esta Otra está ahí, es llamada ahí, es “soñada” ahí para comprobar que él, con ella, con su bella carnicera, no se satisface y así puede reflotar el deseo ahogado por

la satisfacción de una necesidad.

Esa Otra se perfila como teniendo lo que ella no pero eso que tiene resulta un enigma, un misterio, una pregunta a la que su flacura está lejos de poder responder sino que sólo permite introducir. Tentando sin colmar, esta Otra mujer corre a la bella carnicera del centro del deseo de este hombre, de ese lugar de donde una mujer no podría sino huir (Lacan, J., [1962-1963] 2006, p. 210).

Formulemos, entonces una verdad de principio: Esta Otra tiene una función de sostener el deseo.

Arriesguemos un poco más en esta elucidación de la función de los celos y, para ello, volvamos al caso Dora y a la bofetada que ésta le da al señor K. en el preciso momento en que aquél dice que junto a su mujer, no hay nada, como bien precisa Lacan (Lacan, J., [1956-1957] 1994, p. 146). Momento a partir del cual comienzan los rigurosos reclamos al padre y la señora K. se vuelve objeto de toda la aversión que, hasta allí, se había dirigido a la madre.

El amor cede a la rivalidad; sobre la Otra adorada se perfila el rostro de una competidora a eliminar y, una vez más, los celos pero también el odio enmascaran el verdadero propósito. Freud señala “Dora, que tiene mi obstinación, se afirma inmovible en su odio a los K.” (Freud, S., [1901] 1978, p. 25).

Proponemos, entonces, que esa hostilidad dirigida a la Otra, con el sesgo de los celos y la rivalidad, lejos de ser una tentativa de excluirla resulta ser, más bien, un esfuerzo en dirección a recuperarla ahí donde se desarmó el triángulo.

Invertimos ó revertimos así la cuestión, los celos referidos a la Otra aparecen, no para hacerla salir, sino cuando ésta quedó excluida de la escena y al modo de un

trabajo para rearmar la trinidad amorosa. Así, la Otra celada es la Otra que no termina de entrar y a la que hay que ingresar en el circuito libidinal como condición para hacer tolerable la posición frente al deseo de un hombre. Lacan lo advierte: “Igual que para toda mujer...el problema de su condición es en el fondo aceptarse como objeto del deseo del hombre, y es éste para Dora el misterio que motiva su *idolatría*<sup>2</sup> hacia la señora K.” (Lacan, J., 1971, p. 211).

De la misma manera, Freud llega a esa “idolatría”, pesca esa “alabanza” de Dora hacia la señora K. y su cuerpo deliciosamente blanco, su tristeza antes que su enfado, su decepción o desengaño antes que su enojo, su pena de amor destilada desde esa hostilidad y aclara “Y aun debo consignar que nunca le escuché una palabra dura o airada acerca de *esa mujer*”<sup>3</sup> (Freud, S., [1901] 1978, p. 55).

Freud escucha qué lugar tiene ese objeto en la economía deseante de Dora aunque, al mismo tiempo, lo desconozca ó, como él mismo señala, no haya sido cogido en el momento oportuno ni comunicado a la paciente.

Es porque Freud va más allá del odio a la señora K. y de los celos y la rivalidad que puede advertir la complicidad de Dora con la misma situación de la que se queja y en donde, lejos de ser un alma de bella indiferencia, participa como íntima confidente y consejera de la señora K. En este sentido, cabe entonces subrayar que la implicación subjetiva de Dora, su rectificación como sujeto no es sin la rectificación de la señora K. como objeto de deseo para Dora.

Si Freud llega hasta la complacencia de Dora con eso mismo de lo que se queja es porque no termina de creer en el odio y los

celos que proponen al padre y a la señora K. como objeto, reduciendo a esta última a una simple rival.

Freud invierte la cosa, el desengaño es, antes que, referido al padre y su sustituto, en relación a esa mujer amada con la que, hasta allí, había estado “tiernamente afectada”. Ella es quien ha traicionado y Dora, podría decirse, “arroja un odio celoso sobre el hermanito y desarrolla hacia la madre infiel una inquina” (Freud, S., [1932] 1979, p. 114).

Así, el padre, antes que celado, es el auténtico rival pretendidamente situado en la señora K. que se revela entonces como el verdadero objeto de amor.

Dora se decía sin cesar que su padre la había sacrificado a esa mujer, hacía ver ruidosamente que no la dejaría poseer al papá, y de ese modo se ocultaba lo contrario: que no dejaría al papá poseer el amor de esa mujer, que no le perdonaba a la mujer amada el desengaño que le causó con su traición (Freud, S., [1901] 1979, p. 56).

En este mismo sentido, Serge André (2002) señala, refiriéndose a la histórica frente al enigma de lo femenino: “esta forma de amor que eleva a la Mujer al nivel del Otro. La tradición del amor cortés ofrece los ejemplos más sorprendentes de esta idealización del Otro realizada al precio de la insatisfacción del deseo” (André, S., 2002, p. 136).

Es decir, el lazo con la Otra es de amor pero tal vez la “forma” del amor, el amor cortés, el amor idealizante, el amor sin cuerpo (si es que alguna forma de amor es con cuerpo) da a esa otra el estatuto de Otra. Amor que no toca, que deja al Otro como intocable, que no admite el roce de los cuerpos con que se reduce la distancia siempre fecunda para sostener el desnivel que eleva y entroniza.

Ahora bien, decíamos que señalar que se trata de amor no elimina la equivocidad propia del lenguaje ahora desplazada al amor mismo con que pretendimos una predicación acabada del tipo de lazo que une a la Otra mujer. ¿Qué versión de amor? ¿qué figura del amor es esa que nombra la relación de una mujer con su Otra? ¿qué variedad de amor?

Hemos mencionado el amor cortés pero cabe advertir, siguiendo a Serge André, que es la pasión, el amor pasión (que tal vez no se le opone ni excluye el amor cortés) la variedad de amor con que la Otra, ó, más bien, con que lo femenino corporizado en una otra así vuelta Otra, es tratado por el ser hablante.

El amor pasión es entonces una respuesta a ese enigma de lo femenino, al misterio del cuerpo femenino, es la respuesta a nivel del afecto frente a ese real y denota entonces alguna forma de desconocimiento, de ignorancia de ese real, algún envoltorio simbólico de ese innombrable.

Después de situar el amor cortés para la solución histérica frente a lo femenino, André continúa:

[...] la psicosis, la relación con la mujer puede adoptar el cariz de esa locura... que es la pasión: bajo su forma querellante o erotomaniaca... Queda aún la solución perversa en la que una cosa, un fetiche o un instrumento de goce, es puesto en el lugar de la feminidad de la pareja, conservando otra forma de pasión, aquélla de la ignorancia de la feminidad (André, S., 2002, p. 136)

Así, frente al enigma de lo femenino, la psicosis, la perversión y la neurosis responden con el amor, con la forma del amor que es la pasión.

Freud, al hablar de la joven homo-

sexual, no vacila en encuadrar su afecto como una “pasión ardiente” (Freud, [1920] 1979, p. 150), una “pasión devoradora” (Freud, [1920] 1979, p. 159), una “ternura apasionada” (Freud [1920], 1979, p. 150, 151) y una “pasión seria” (Freud, [1920], 1979, p. 142) al tiempo que la descripción de esa pasión es la propia de un amor cortés por la conjunción de idolatría y castidad genital, pureza del amor y disgusto físico por el comercio sexual.

Lacan lo explicita:

[...] se trata aquí del amor platónico en su mayor exaltación.

Es un amor que no pide más satisfacción que servir a la dama. Es verdaderamente el amor sagrado, por así decirlo, o el amor cortés en su aspecto más devoto... un amor que en sí mismo no sólo prescindir de satisfacciones, sino que apunta muy precisamente a la no satisfacción (Lacan, J., [1956-1957] 1994, p. 111).

Ahora bien, Freud dice, en esas tentativas de ajustar ese amor, “amor homosexual”, predica la homosexualidad de ese amor pero, ese amor homosexual, ¿acaso supondría una elección de objeto homosexual? ¿a qué se refiere “homosexual” allí? ¿remite a un tipo de elección de objeto ó podemos pensar que esa inclinación hacia el mismo sexo no supone elección de objeto del mismo sexo sino todo lo contrario?

Freud dice que la inclinación hacia el mismo sexo es precursora de un enamoramiento heterosexual dirigido a un objeto de diferente sexo (Freud, S., [1901] 1979, p. 54).

Es decir que esa inclinación no es elección de objeto, elección e inclinación no se recubren, no podemos leer ya en esa

inclinación hacia el mismo sexo una elección de objeto del mismo sexo sino lo contrario, puesto que conduciría u orientaría hacia una elección de objeto heterosexual. ¿Cabe leer entonces “inclinación” con clave identificatoria? y hacer retornar allí el clásico distingo entre identificación con el objeto y elección de objeto. Distinción que, al mismo tiempo, supone la articulación entre ambos. ¿Podemos pensar que la identificación reemplaza allí la elección de objeto? ó bien, la identificación, ¿viene al lugar de la elección de objeto resignada al tiempo que empuja a un cambio de vía en la elección de objeto?

Elección de objeto de amor resignada, primera elección de objeto que, tanto para la niña como para el niño, recae sobre la madre.

#### LA OTRA PREHISTÓRICA INOLVIDABLE.

*“...yo también estaba enamorada de Ute Lemper...Era una mujer untuosa que podía moverse con la fragilidad de una garza o la brutalidad de un buey; ser una muchacha inocente o una dama de burdel...”*

LEILA GUERRIERO  
en *Teoría de la gravedad*.

Cabe advertir entonces que ese primer objeto de amor es, para la niña, del mismo sexo, que hay entonces un primer objeto de amor que es del mismo sexo y al que se liga inicialmente de manera tierna (no hostil) mientras que, para el niño, el objeto del mismo sexo es, desde el inicio, un rival, la ligazón al padre está marcada de entrada por la rivalidad.

Para la niña, la rivalidad no da la clave de la ligazón prehistórica con su primer objeto de amor, la madre. Será rivalidad después, una vez hecha la vuelta al padre, una vez que se haya extrañado del objeto madre.

En este sentido, esa Otra está ahí desde el inicio en la estructura, es el primer objeto de amor y del mismo sexo con el cual la niña establecerá una ligazón tierna y amorosa, exenta de la rivalidad que se agregará secundariamente una vez ya entrada en el complejo de edipo.

Será necesario entonces perder la soga del edipo, ir más allá de la estructura edípica, recuperar el lazo preedípico con la madre para poder pensar la función de la Otra mujer en la estructura.

Nos aventuramos a decir que el edipo es entonces un límite para poder pensar a la Otra mujer en toda su espesura ya que, en el mejor de los casos, sólo la llega a figurar en su faz de rival o competidora mientras que será ese tiempo prehistórico de fijación preedípica de la niña con su madre (tiempo sin equivalente en el niño que, de entrada, ya amanece en el drama edípico) el que aporte la clave para poder situar a esa Otra en toda su dimensión.

La lectura edípica de la Otra no puede ajustarla en su complejidad y en todas sus aristas dejándola reducida a la versión de la odiada adversaria que encubre la fuerte y exclusiva ligazón amorosa con la misma.

En este sentido, es que frente a la predicción “homosexual” que viene a precisar con ambigüedad y equívocidad ese amor entre Dora y la señora K., entre una mujer y su Otra, preferimos otra predicación igualmente freudiana.

Freud dice que ese amor homosexual hacia la señora K. “es de profunda rai-gambre” (Freud, S., [1901] 1979, p. 92)



así como también se pregunta “¿cómo se había portado con ella esa amiga a quien amaba con tanto ardor?” (Freud, 1979, p. 55). Amor de profunda raigambre cuya clave tal vez deba buscarse en la profundidad de esa prehistoria amorosa con la madre, amor cuyas raíces llegan hasta esa fase de ligazón preedípica con el objeto madre, donde ésta hubo de ser la primera amada con “ardor”, investidura intensísima y que, por esas mismas razones, tuvo que igualmente arder con los signos de la más clara hostilidad.

Así, “la profunda raigambre”, “el ardor”, dicen más de ese amor que termina en odio, que termina con odio y que termina por odio, que la supuesta homosexualidad con la que se creería especificarlo confundiendo tanto el objeto como el afecto. “Homosexual” reintroduce aquí el engaño que la moción de amor desmontó al desalojar a los celos.

Lacan sigue la pista del amor en sus vueltas a Dora; en *Intervención sobre la transferencia* (1971), en el seminario III *Las Psicosis* ([1955-1956] 1984) y en el seminario IV *La Relación de Objeto* ([1956-1957] 1994) no dejará de afirmar que la señora K. es objeto de interés para Dora. En *Intervención sobre la transferencia* Lacan descubre ese interés tras la máscara de los celos, digámoslo una vez más: “no es aquí el objeto pretendido de los celos el que da su verdadero motivo, sino que enmascara un interés hacia la persona del sujeto-rival” (Lacan, J., 1971, p. 209), para luego reafirmarlo, en el seminario III, aunque ya sin referencia al envoltorio celoso: “es la señora K. el objeto que verdaderamente interesa a Dora, en tanto que ella misma está identificada al señor K.” (Lacan, J., [1955-1956] 1984, p. 249). *Exit* para los celos, pero entrada de

la identificación pues allí agrega que, con el objeto pretendido de los celos, lo que se establece es entonces una relación de identificación (la identificación viril propia de la histeria).

Lacan plantea entonces este estrabismo. Dora está, por un lado, identificada al señor K. y, por otro lado, interesada en la señora K.; la relación con el señor K. es explícitamente situada como una identificación mientras que la inclinación hacia la señora K. sigue siendo situada con la indeterminación y opacidad de un “interés” en el que se sospecha una identificación.

Lacan preserva la pista del “interés” que tal vez la referencia expresa a la operación de identificación histérica podría terminar por desconocer.

De la misma manera, en el seminario IV, “la señora K. es lo que es amado más allá de Dora, y por eso la propia Dora siente interés por esta posición” (Lacan, J., [1956-1957] 1994, p. 144).

Sin dejar de poner el acento en el amor de Dora por la señora K., Lacan paralelamente afirma un interés hacia esa Otra mujer que no sabemos si el amor logra abarcar.

Así, frente a esa madre que “concentró todos sus intereses<sup>4</sup> en la economía doméstica” (Freud, S., [1901] 1978, p. 19) y que “a toda costa quería atraerla a las tareas domésticas” (Freud, S., [1901] 1978, p. 22), Dora resiste interesándose en la señora K. Su madre está lejos de ser objeto de interés, más interesada (en impedir el goce) que interesante para Dora, contrasta con la figura enigmática de esa señora K. (más dispuesta a hacer arder el alhajero) con quien Dora hablaba sobre temas prohibidos, siendo la fuente principal de sus revelaciones y conocimiento de la vida sexual aunque Dora nunca quisiera saber de dónde las sabía.

Mientras su madre prohibía el goce y el uso de la vivienda, los muebles y los utensilios a los que había que mantener limpios, Dora se ensuciaba leyendo lo prohibido para lo que la señora K. le daba la llave. Es de la señora K. que recibía los utensilios para abrirse a temas de la vida sexual como fue antes con aquella gobernanta muy leída y de opiniones liberales.

El interés amoroso de Dora hacia la señora K. pareciera ser ventajoso para poder recoger lo que la mera moción de amor quizás deja escapar y que es esa pregunta que la señora K. es para Dora.

La Otra es, entonces, una Otra amada pero la cuestión del amor no agota la significación de esa Otra, no basta porque hay que agregar también que esa Otra interesa en tanto es una pregunta para Dora (y tal vez por eso se la ama).

[...] la señora K. es alguien importante, ¿por qué? No sólo es importante porque constituye el objeto de una elección entre otros objetos. No sólo es importante porque está investida con la función narcisista que se encuentra en el fondo de todo enamoramiento... la señora K. es la pregunta de Dora (Lacan, J., [1956-1957] 1994, p. 141)

Si Freud enmarca ese amor de Dora por la señora K. con las coordenadas de lo homosexual y lo ginecófilo, quizás sea con Lacan que podamos enmarcar un poco eso homosexual a lo que el mismo Freud desembara de una elección de objeto del mismo sexo.

Lacan habla de la “atracción fascinada” y de la “idolatría<sup>5</sup>” de Dora hacia la señora K. ¿Será la misma idolatría con la que Freud nombra la relación de la joven homosexual con la *cocotte*? Esa joven cuya homosexualidad se agotaba en “la

pureza de su amor y en su disgusto físico por un comercio sexual” (Freud, S., [1920] 1979, p. 146) de manera tal que “su castidad genital, si es lícito decirlo así, permanecía incólume” (Freud, S., [1920] 1979, p. 146).

Ese amor homosexual ¿es un amor casto? ¿es un amor que sustrae el cuerpo? ¿es homosexual no tanto porque haya una elección de objeto de tipo homosexual sino porque hay algo referido al propio cuerpo, una pregunta que tiene por objeto el mismo cuerpo, el cuerpo “igual”, lo “homo”, un interés por la propia sexualidad femenina?

En el mismo sentido, Lacan sitúa también a la señora K. como objeto de adoración (Lacan, J., [1956-1957] 1994, p. 145). Ese amor homosexual ¿nombra un amor sin cuerpo al tiempo que formula un interrogante cuyo blanco es el propio cuerpo, la propia sexualidad femenina, lo Otro del propio cuerpo, del “mismo” cuerpo, lo *hetero* en lo *homo*?

Entonces, esa atracción fascinada de Dora por el cuerpo blanquísimo de la señora K., esa adoración de Dora por la *Madonna* que se perfila en la señora K. nada dice de una elección de objeto de tipo homosexual sino que lo homosexual viene allí a designar ese interés, esa pregunta por lo *homo* en el sentido del propio cuerpo, la propia feminidad (siempre impropia e inapropiable) y el enigma del propio goce para el que esa Otra, en su saber, podría ofrecer la llave del alhajero.

Lucien Israel aclara:

La así llamada homosexualidad, por lo tanto, no es una verdadera homosexualidad en ese sentido, al menos en el caso de la histérica. No estoy afirmando que la homosexualidad de la mujer no exista. Nada de eso. Pero la homosexualidad o la

así llamada homosexualidad de la histérica no es algo que esté destinado a ofrecer a sí misma un objeto de deseo, sino a servir como mediador entre un objeto considerado deseable y un sujeto deseante (Israel, L., 1979, p. 52).

Lo homosexual, en la letra freudiana, excede la cuestión de la elección de objeto, aparece ligado a un tipo de identificación, como lo sitúa en *Psicología de las masas y análisis del yo* ([1921] 1979); identificación y homosexualidad merecen allí un tratamiento aparte y en estrecha ligazón. ¿Será que la homosexualidad viene a decir algo sobre la identificación? ¿será que la identificación coquetea con la homosexualidad? La homosexualidad como un asunto de identificación.

En *Tres ensayos de teoría sexual* (Freud, S., [1905] 1978) y, refiriéndose al mecanismo de lo allí nombrado como inversión, Freud dice “su aspiración compulsiva al hombre aparecía condicionada por su incesante huida de la mujer” (Freud, S., [1905] 1978, p. 132).

La homosexualidad masculina es allí atribuida al horror frente a lo femenino, a la fuga frente a la mujer (más que a una inclinación hacia el mismo sexo).

Hay algo de lo que aparece nombrado como homosexualidad que, lejos está de referirse a la conquista de un objeto de deseo (ó, por lo menos, no se reduce a eso) y que parece más bien venir a articular la identificación y también lo femenino, siendo menos un asunto de elección de objeto que de identificación con el objeto y ligado, tanto para el hombre como para una mujer, a lo femenino, es decir, precisamente a lo no identificable o representable en que se abisma la garganta de Irma.

## LA “VUELTA” (WENDUNG) A LA OTRA: EL GIRO HACIA LA FEMINIDAD

*“...Cómo alcanzaba ella esas maravillas o, tal vez, estas a ella, fue el mayor misterio de mi vida de niña. De todas aprendí algo, de todas mis mujeres algo...”*

TATIANA TIBULEAC  
en *El jardín de vidrio*.

Hemos propuesto entonces que, para la niña, la Otra está de entrada en la estructura y además como primer objeto de amor. Para decirlo de otra manera, citemos a Serge André: “la cuestión de la homosexualidad femenina se vuelve una cuestión de estructura: hay algo casi naturalmente homosexual en las mujeres” (André, S., 2002, p. 168) y, en el mismo sentido, afirma “cierta homosexualidad que se puede considerar estructural de la posición femenina” (André, S., 2002, p. 219).

Serge André hablará de una “cierta”, “supuesta” homosexualidad o de una homosexualidad con un “estatuto especial” derivada de esa fijación infantil a la madre a la que una metáfora paterna estructuralmente fallida (en lo que refiere a la producción de una significación que pudiese representar lo femenino y que, por lo tanto, fuera más allá de lo fálico) viene a hacer resignar temblorosamente. Es en este sentido que la función de sustitución esperada de la metáfora paterna resulta amenazada por una continuidad metonímica donde el padre es tan solo el “endoso” de esa ligazón a la madre, un simple heredero de esa fijación, un sustituto interino de esa investidura prometida a su regresión al objeto originario ante la ineluctable decepción con el padre.

El S(A/) marca lo femenino (por oposición a un S (1/s) que supondría la producción metafórica de una significación nueva, la significación fálica en lo que toca a la metáfora paterna) como falta de un significante que represente a una mujer pero también y, por eso mismo, como cierta relación con un goce no fálico, un goce que no viene de la relación con el *partenaire*, como un goce homosexual pero, no por ser opuesto a lo heterosexual sino, por el contrario, por ser un goce de una mujer como goce de sí misma pero en tanto que Otra, no un goce autoerótico ni masturbatorio, tampoco homosexual en el sentido de un goce con el semejante mujer sino de ella con la alteridad que ella misma es para sí.

Volvamos a Dora. Es claro que su madre quiere salvar el alhajero del incendio, Dora lo sueña para Freud, y éste pesca que “El secreto reside, es cierto, en su mamá. ¿Cómo aparece ahí su mamá?” (1978, p. 62) en tanto esta madre, más ocupada en atraer a Dora a las tareas de la economía doméstica de manera tal que, en su manía de limpieza de la vivienda, los muebles y los utensilios “a extremos que casi imposibilitaban su uso y su goce” (Freud, S., [1901] 1978, p. 19), sólo podía transmitir a esta hija el impedimento del goce para salvarla del abraz/so (abrasar, abrazar) del fuego del amor.

En este sentido, la conquista de la señora K., lejos de ser la ofrenda dada a sí misma de un objeto de deseo homosexual, es la tentativa de armar un sostén frente al deseo de un hombre.

Si el macho tiene su asunto, si para el macho el menos phi es la mediación en relación al deseo del Otro, si para el macho está el estorbo fálico mientras que, para una mujer, se trata de una relación al de-

seo del Otro en cuanto tal, directamente, simplificada<sup>6</sup> (pero no por ello más simple), relación sin mediación (en tanto no hay un significante para lo femenino como sí está el significante fálico para el hombre), entonces, en el lugar del significante que no hay, el asunto será la Otra.

En palabras de Serge André: “la sobreestimación de la otra mujer, en la que la histérica encuentra a la cómoda depositaria de una feminidad con la que evita confrontarse demasiado directamente” (André, S., 2002, p. 118). Es así como la construcción de la Otra viene a permitir una relación mediada con lo femenino, una confrontación à *côté*, de soslayo con una feminidad que no tiene su asunto en el menos phi.

¿Será entonces esta Otra el «nudo necesario» para la relación de una mujer con el deseo del Otro? Nudo que el hombre encuentra en la negativización del falo y el complejo de castración.

Ahí donde lo real de lo femenino no tiene significante que venga a responder, ahí donde ni el estorbo fálico puede intervenir (ni siquiera como negado), entonces, será la Otra mujer la que venga a orientar así como también a estorbar e impedir pues esa Otra no admite una única versión.

Arreglárselas con lo femenino es entonces construir esa Otra, no es sin la Otra.

El caso Elisabeth nos enseña que la salida hacia la feminidad no es sin la Otra.

Si salir de la prehistoria de la ligazón con la madre no es sin la vuelta al padre, cabe advertir aquí que el encuentro con la feminidad no puede esquivar la vuelta por la Otra mujer.

¿Cómo pasa Elisabeth de ser la enfermera del padre a la enferma de la familia, de ser el apoyo del padre a desear

el apoyo de un hombre, de ser el falo paterno y, después materno, “harto descontenta con su condición de mujer” (Freud, [1893-1895] 1978, p. 155) a reconciliarse con la idea del matrimonio en función de una añoranza de amor que derrite y erosiona su, hasta allí, solidez fálica?

Es por la vía de su hermana que Elisabeth empieza a correrse “dolorosamente” de su posición de sostén familiar; “contra-marcha” que la retira de su lugar de hija consagrada sacrificialmente a los cuidados de sus padres; sus piernas se resisten a ese andar, dicen lo que ella, en su “primer lugar” junto al lecho del padre, no quiere saber: que en otro lecho, entre un hombre y una mujer, la cosa no marcha, no camina, no deja huella.

Si el matrimonio aparece ahora como algo deseado para Elisabeth es porque se tiente con la dicha conyugal de su hermana, con “cuán conmovedoramente cuidaba él de ella, cómo se entendían con sólo mirarse, cuán seguros parecía uno del otro” “ (Freud, [1893-1895] 1978, p. 169). El matrimonio es anhelado pero sólo en tanto matrimonio dichoso de su hermana; la exogamia y, entonces, el acceso a la vida erótica le llega con esta Otra, con el deseo de esta Otra que le devuelve, en contraste, su soledad.

Si, hasta allí, Elisabeth estaba dedicada con exclusividad a reconstruir la antigua dicha familiar, ahora, por la vía de su hermana, es una “nueva” dicha familiar la que persigue, una que la empuja a la exogamia (aunque sea, paradójicamente, por la investidura incestuosa del deseo al cuñado y a la hermana). Una otra dicha familiar que sepulta la nostalgia por la dicha de la familia de origen despierta “ el ardiente deseo de llegar a ser tan feliz como su hermana lo era” “ (Freud, [1893-

1895] 1978, p. 166).

Entonces, afirmamos que la Otra no es un fantasma exclusivo de la histérica; en todo caso, la histérica tiene su versión de la Otra. Una Otra fálica que puede asumir un poco la forma de La Mujer sin tachar que tendría el significante que responda por lo femenino (ese que se esperó primero del padre), una Otra que orienta al tiempo que extravía respecto de ese agujero de lo femenino puesto que, con ella, se reabsorbe en la dimensión fálica lo que no puede ser recogido por esa lógica. Sin embargo, una Otra con la que es posible rivalizar, con la que se arma el triángulo histérico, con la que hay tres y, en ese sentido, si bien puede por momentos resaltar su “perfección” también admite la falta real y puede funcionar dando (no el significante que no hay) alguna idea para arreglárselas con lo femenino. Es la Otra edípica, esa con la que la niña puede competir en tanto ya hizo su vuelta al padre al que tomó como objeto de amor.

En *Sobre la sexualidad femenina* (Freud, S., [1931] 1979), Freud nos hace escuchar, en su tratamiento de la fase de ligazón preedípica madre e hija, versiones de esa Otra. La Otra prehistórica no coincide con la Otra edípica, esa Otra de ligazón exclusiva madre e hija es una Otra incastrada. Si la Otra toma la versión de esta madre preedípica, si en la Otra retorna la madre del tiempo prehistórico, podemos pensar que allí esa Otra se vuelve una figura insoportable en tanto no hay rivalidad posible, es un lazo de dos, un lazo especular que supone el “ella ó yo”. Freud no deja de subrayar el carácter exclusivo de ese lazo, la no admisión de una terceridad, se trata de la madre fálica.

Mientras que, si la Otra recupera a la madre edípica, a la madre castrada, tal

vez con la rivalidad mediante, sea posible orientarse con el agujero real femenino, con lo que hay y con lo que no hay.

En este sentido, quizás la versión construida de esa Otra nos haga pescar también el atascamiento en la ligazón preedípica y, por lo tanto, el extravío respecto de lo femenino ó bien, el extrañamiento de esa fase por la vía del objeto padre y la posibilidad de la configuración femenina.

Ahí donde una mujer es Otra para ella como para el hombre cuyo deseo causa, ahí donde una mujer resulta el continente oscuro, la alteridad radical resistente al significante, ahí donde la habita lo virgen intocado por el significante, ahí se levanta la Otra, ahí esa Otra es puesta afuera, es encarnada en una otra para, antes que resolver el enigma, vectorizar lo real, orientar lo real, para, frente a la forclusión del sentido, orientarse en lo real<sup>7</sup>.

Tal vez sólo sea posible forcluir el sentido por la orientación de lo real, por lo real pero precisamente por la orientación de lo real, por lo real orientado, que no es lo real reabsorbido por la lógica del sentido, del falo, de la significación pero que tampoco es lo real a secas, lo real sin más.

Esa Otra puede ser una figura entonces que venga a trazar referencias, trayectos, surcos, vectorizaciones, bifurcaciones, que venga a balizar ese real por fuera del sentido y más allá de la lógica fálica de otra manera amorfo, isótropo y neutro, un real sin orden y sin ley.

Podría decirse que la Otra, en la histeria, es promesa de un sentido de lo real, esperanza de una forclusión de lo real más que de una forclusión del sentido, expectativa de un envoltorio significante antes que de una invención de lo real por la vía del surco que, lejos de significar, corta.

La vectorización de ese real femenino

es rayadura, arañazo que desgarrar, antes que suturar, preservando el enigma de qué es ser una mujer al que la histérica suele convertir en secreto despejable pasando así a la lógica del falo con que su cuerpo es leído en términos de falta. No se trata ya del significante que no hay sino del que ha sido privada y que la Otra sí tendría.

Con la dimensión fálica, el agujero es leído como falta, imaginario y simbolizado; lo real, lejos de orientado, aparece como sentido pero, recordemos, la orientación no es un sentido.

La *Verneinung* enmarca la *Verwerfung* de fondo: un significante es negado y, entonces, se trata de reclamarlo, reivindicativamente a veces, sacrificialmente otras, pero, en todas las veces, olvidando la radicalidad de una negación de la que no cabe esperar ningún retorno significante.

Ahora bien, esta Otra no sólo puede orientar respecto de ese real femenino sino con relación a cómo servirse de lo fálico lo cual no la hace abjurar en absoluto de la feminidad, es decir, orientarse con lo que no hay en todos sus sentidos, ó por exclusión radical ó por negación, *Verwerfung* ó *Verneinung*, es decir, con lo que no hay (no fálico) y con lo que no hay (fálico).

Esta Otra puede ahí ser referencia para tratar con los asuntos del falo, transmitir los secretos del alhajero, abrirlo y ofrecer la *bijoux* con que se fetichiza el cuerpo, con que se faliciza la imagen, con que se maquilla y recorta ese cuerpo semblanteando el objeto que despierta el deseo del hombre y así tentarse tentando al otro desde lo fálico, desde su ascensión de lo fálico, aunque no sea allí donde está su goce, el de ella.

No hay identificación específicamente femenina pues la identificación al padre es la salida del edipo para el niño pero “la sa-

lida del Complejo de Edipo es, como todo el mundo lo sabe, distinta para la mujer... es mucho más simple. Ella no ha de enfrentarse con esa identificación” (Lacan, J., [1957-1958] 1999, p. 201).

Una vez más, ese “más simple” se nos impone más que como más simplificado ó más sencillo, como lo «sin mediación».

Si se identifica al padre será a la insignia fálica, al falo que ofrece como siéndole al mismo tiempo negado pero no a un significante específicamente femenino que no hay por más que se sacrifique y se consagre a sostener a ese padre maquillando sus fallas.

Su culto a La Mujer revela idéntico propósito, esa Otra mujer se erige como promesa de una feminidad reconocida. Pero la falta de un significante del sexo femenino como tal, la falla en la identificación simbólica arrastra consigo a la identificación imaginaria, a la imagen corporal que, en una mujer no puede vestir ó erotizar lo real del cuerpo.

[...] el hecho mismo de que la otra esté revestida, la *priva*<sup>8</sup> de ella<sup>9</sup> lo cual hace que surja la envidia (obsérvese la relación de Elisabeth von R. con su hermana, o la de Dora con la Sra. K.) A tal punto que cuando la histérica logra atrapar, en el nivel imaginario por lo menos, lo que le parece un signo de feminidad, debe pagar el precio de perder el uso de éste frente a los hombres y adentrarse en una irremediable homosexualización de su vida amorosa (André, S., 2002, p. 112).

La homosexualización (a diferencia de la homosexualidad) es entonces un “hacerse a un lado”, como Freud precisaba muy bien al hablar de la joven homosexual, es hacerse a un lado en función de lo cual “le dejó los hombres a la madre, se hizo a un

lado” (Freud, S., [1920] 1979, p. 152). Es decir que esa renuncia a los hombres es, al mismo tiempo, su ofrenda a la madre, a la primera Otra.

La relación de la histérica con esa Otra sigue las coordenadas de la privación, reviste de privación la castración no imaginaria y la homosexualización aparece también como un nombre de la insatisfacción, como el costo pagado por un acceso (imaginario) a lo femenino que lo rechaza, que lo vuelve a poner afuera, que lo devuelve a la Otra mientras ella se resguarda en la privación.

La homosexualización puede ser un síntoma, una salida sintomática, un modo de ponerse a competir con el todo de los hombres (sobre todo cuando la elección amorosa recae sobre mujeres heterosexuales), un modo de entrar para salir, de entrar saliendo, en la competencia y la comparación fálica con los hombres. Un modo de constatar o confirmar que no tiene al tiempo que evita la competencia con la madre o con las otras, un atolladero en la lectura de lo femenino como falta, un callejón sin salida que deja al margen de los hombres y también de las mujeres, una renuncia a la vida erótica, una fuga frente a lo femenino como enigma y un atascamiento (a veces reivindicativo, a veces resignado, a veces resentido y desencantado) en lo fálico como negado.

#### ALGUNAS REFLEXIONES FINALES.

Hecho este recorrido, se nos impone entonces la pregunta de si la identificación es suficiente para pensar el lazo con esa Otra, si la identificación recoge acabadamente la función de la Otra mujer o si, por el contrario, despista o reduce la complejidad de esa relación de estructura cuaternaria.

Si la identificación nos conduce muy rápidamente a ubicar al cuñado como objeto de deseo de Elisabeth identificada a su hermana ó al señor K. para Dora identificada a la señora K., será sólo a condición de considerar que es esa relación entre el cuñado y su hermana, cómo cuidaba él de ella, cómo se entendían lo que interesaba a Elisabeth o que el asunto entre Dora y el señor K. se desbarata cuando justamente la señora K. se revela como siendo nada para él.

Era el cuñado de Elisabeth pero el cuñado en tanto deseaba a esa hermana, no es un deseo directo hacia el cuñado sino hacia ese hombre causado en su deseo por esa hermana que así reviste del enigma que la eleva a la dignidad de una Otra homenajead. Era el señor K. en tanto y cuando éste deseara a la señora K. que, así vestida de ese deseo masculino, se convertía en la Madonna a la que Dora rendía culto.

La Otra, como objeto de fascinación, no es una Otra a secas sino una Otra marcada por el deseo de un hombre al que la histérica se identifica resignándolo como objeto de goce de manera tal que está más cerca de competir y rivalizar con ese hombre por el lugar de caballero protector de la Dama que de desearlo y tomarlo como objeto de elección de amor.

“la histérica se pone a prueba en los homenajes dirigidos a otra, y ofrece la mujer en la que adora su misterio al hombre del que toma el papel sin poder gozarlo” (Lacan, J., [1957] 1971, p. 434).

Decir que Elisabeth se identifica con su hermana y desea/ama a su cuñado desconoce la estructura cuaternaria que sustenta estas relaciones así como la estructura misma del deseo como deseo de deseo, en tanto es el deseo de ese cuñado, antes que el cuñado mismo, lo deseado.

Es ese deseo del cuñado lo que orienta su fascinación, su adoración hacia esa hermana que así se vuelve objeto de pregunta al igual que la señora K. es la pregunta de Dora porque “¿Qué es lo que mi padre ama en la señora K.?” (Lacan, J., [1956-1957] 1994, p. 143); pregunta sobre el misterio de una feminidad que esa Otra corporiza no sólo por detentar un supuesto saber sino más precisamente porque se perfila marcada por un deseo masculino. Esa Otra funciona allí como mediando tanto en el sentido de posibilitando como impidiendo, posibilita una referencia para lo femenino, una orientación respecto de lo femenino al tiempo que lo preserva, lo pone a resguardo, priva de su uso en relación a un hombre al que sólo se acerca anteponiéndole la pantalla de esa Otra con la que su deseo se asegura como insatisfecho.

La Otra de la histérica es una Otra con la cual se sostiene la privación y la insatisfacción del deseo, es la versión histérica de la Otra, una Otra necesariamente sostenida en una perfección y completud que impide que sea corrida de una mediación que se inclina al impedimento. Mediación no mediadora, más bien, posición media de esa Otra.

Un último señalamiento, Freud advertía, para la vida amorosa de una mujer, que más que la necesidad de degradar al objeto sexual (propia del fantasma masculino) le sucede no poder desatar el enlace del quehacer sexual con la prohibición.

Si, para el hombre, el asunto era enlazar lo que se imponía escindido entre amor y deseo, para una mujer, la condición de lo prohibido se suelda a lo sensual de manera tal que a su escisión responde defensivamente con la frigidez, la insatisfacción.

Ahora bien, acaso podamos leer en esa



condición femenina para el goce sexual, en lo prohibido, la condición de que haya Otra allí marcando y marcada por el deseo masculino.

Si bien Freud parece referir eso prohibido a la infidelidad de la mujer ¿no podría extenderse el carácter de esa condición a las relaciones permitidas donde el hombre estaría prohibido por ser justamente un hombre ligado a otra mujer y doblemente prohibido si esa mujer es la hermana?

“Esta muchacha había regalado a su cuñado una inclinación tierna, contra cuya admisión se revolvía dentro de su conciencia todo su ser moral” (Freud, S., [1893-1895] 1978, p. 171), “Sólo que ni ella, la madre, ni quienes aconsejaban en la familia eran muy partidarios de una unión matrimonial de ellos” (Freud, S., [1893-1895] 1978, p. 173), “tanto en vida de su hermana como después de su muerte era para ella un pensamiento inaceptable que ansiara justamente a ese hombre para sí” (Freud, S., [1893-1895] 1978, p. 178).

Así, con esa prohibición el deseo se sostiene en la insatisfacción al tiempo que mediatizado por la Otra.

#### NOTAS AMPLIATORIAS.

1. “...Tras el itinerario de pensamientos hipervalentes que la hacían ocuparse de la relación de su padre con la señora K. se escondía, en efecto, una moción de celos cuyo objeto era esa mujer; vale decir, una moción que sólo podía basarse en una inclinación hacia el mismo sexo...” (Freud, S., [1901] 1978, p.53 )

2. Las cursivas son nuestras.
3. Las cursivas son nuestras.
4. Las cursivas son nuestras
5. “De ninguno de los objetos de su idolatría había gozado más que algunos besos y abrazos...” (Freud, S., [1920] 1979, p. 146)
- 6.”...con lo que se enfrenta es precisamente con el deseo del Otro en cuanto tal, y ello tanto más cuanto que, en esta confrontación, el objeto fálico sólo interviene para la mujer en segundo lugar y en la medida en que desempeña un papel en el deseo del Otro. Esto supone una gran simplificación...Esta relación simplificada con el deseo del Otro...” (Lacan, J., [1962-1963] 2006, p. 200).
7. “...La orientación de lo real, en mi propio territorio, forcluye el sentido.// Digo esto porque anoche me preguntaron si había otras forclusiones además de la que resulta de la forclusión del Nombre del Padre. Es muy cierto que la forclusión tiene algo más radical... la forclusión del sentido por la orientación de lo real, pues bien, aún no hemos llegado a eso...” (Lacan, J., [1975-1976] 2006, p. 119, 120).
8. Las cursivas son nuestras.
9. “ella” se refiere allí a la imagen femenina.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- Amigo, S. (2014) Clínica de la histeria - La dirección de la cura: posición del analista. “Recuperado de <https://es.scribd.com/document/495733688/CONFERENCIA-4-Clinica-de-la-histeria-SILVIA-AMIGO>.

- Amigo, S. (2021) De magas, brujas y poco ortodoxas. *Cuadernos Sigmund Freud. Revista de psicoanálisis. Volumen (32)*, pp. 107-123.
- André, Serge (2002) ¿Qué quiere una mujer?. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Barros, M. (2011) *La condición femenina*. Buenos Aires, Argentina: Grama ediciones.
- Freud, S. [1900] (1979) La interpretación de los sueños (primera parte). *Obras completas*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, volumen (4), pp 164-168.
- \_\_\_\_\_ [1901] (1978) “Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora)”. *Obras completas*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, volumen (7), pp 7-107.
- \_\_\_\_\_ [1905] (1978) “Tres ensayos de teoría sexual”. *Obras Completas*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, volumen (7), pp 109-224.
- \_\_\_\_\_ [1908] (1979) “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad”. *Obras completas*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, volumen (9), pp 137-147.
- \_\_\_\_\_ [1912] (1979) “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II)”. *Obras completas*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, volumen (11), pp 169-183.
- \_\_\_\_\_ [1917] (1979) “El tabú de la virginidad (Contribuciones a la psicología del amor, III)”. *Obras completas*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, volumen (11), pp 185-203.
- \_\_\_\_\_ [1920] (1990). “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”. *Obras completas*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, volumen (18), pp 137-164.
- \_\_\_\_\_ [1921] (1990) “Psicología de las masas y análisis del yo”. *Obras completas*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, volumen (18), pp 63-136.
- \_\_\_\_\_ [1931] (1979) “Sobre la sexualidad femenina”. *Obras completas*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, volumen (21), pp 223-244.
- \_\_\_\_\_ [1933] (1979) “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis: 33° conferencia. La feminidad”. *Obras completas*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, volumen (22), pp 104-125.
- Israël, L. (1979) *El goce de la histérica*. Buenos Aires, Argentina: Argonauta.
- Lacan, J. [1951] (1971), “Intervención sobre la transferencia”, *Escritos*, Buenos Aires, Argentina: Siglo veintiuno editores, volumen (1), pp 204-215.
- \_\_\_\_\_ [1957] (1971), “El psicoanálisis y su enseñanza”, *Escritos*, Buenos Aires, Argentina: Siglo veintiuno editores, volumen (1), pp 419-440.
- \_\_\_\_\_ [1958] (1975) “La dirección de la cura y los principios de su poder”, *Escritos*, Buenos Aires, Argentina: Siglo veintiuno editores, volumen (2), pp 559-615.
- \_\_\_\_\_ [1955-1956] (1984). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 3, Las Psicosis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- \_\_\_\_\_ [1956-1957] (1994). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 4, La Re-*

*lación de Objeto*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

\_\_\_\_\_ [1957-1958] (1999). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 5, Las Formaciones del Inconsciente*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

\_\_\_\_\_ [1962/1963] (2006). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 10, La Angustia*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

\_\_\_\_\_ [1975-1976] (2006) *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 23, El sinthome*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

## LUCÍA MAURO

Psicóloga, egresada en la Universidad Nacional de Rosario donde culminó su Maestría en Psicoanálisis en 2015. Actualmente, además de su labor clínica, que desarrolla desde el año 2009, ha participado en distintos congresos y jornadas de investigación. Entre sus publicaciones se cuenta el libro *Locuras. 7 invitaciones delirantes para una folie a deux con la escribiente* (Laborde Editor, 2016).